

Aristo, sobre el que la autora ya ha publicado con anterioridad, puesto que se trata de una *contaminatio* de varias odas, al contrario que todos las demás imitaciones; el análisis que de este poema se realiza en el libro es minucioso y magistral, y para cada idea de Lista, a veces expresada en varios versos, nos ofrece el verso horaciano que subyace, escondido tras la verbosidad de la lengua castellana.

El volumen se cierra con un tercer apartado, que versa sobre la técnica de traducción de Lista –cuando traducía poemas de Horacio–, y de adaptarlos –cuando los adaptaba– de modo que encajaran en su marco sociocultural. Aquí se trata desde la definición de la actividad traductora hasta las adaptaciones culturales supradichas, pasando por un apartado de aclimatación métrica que, sin dejar de ser exhaustivo, trata de simplificar al máximo la presentación de los esquemas métricos latinos para facilitar la mejor comprensión por parte de los lectores.

En conclusión, este volumen, fruto de la dedicación y el esfuerzo de la profesora Martínez Sariego, facilita un acercamiento a la figura de Alberto Lista a través de su producción literaria que trasciende más allá de los estudios de Tradición Clásica y se convierte en una obra de gran valor también para filósofos, historiadores y teóricos de la literatura, pues supone una gran ayuda no sólo para apreciar la influencia de Horacio en la obra de Lista, sino también para comprender la preceptiva con que Alberto Lista confeccionó sus escritos.

Marta ALONSO ALONSO
Universidad Complutense de Madrid

Mirella ROMERO RECIO, *Ecos de un descubrimiento. Viajeros españoles en Pompeya (1748-1936)*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2012, 287 pp.

No cabe duda de que Pompeya ha interesado desde su descubrimiento a un público que excede el círculo de los especialistas en el Mundo Clásico. Prueba de ello es en los últimos años ha habido varias exposiciones en Madrid sobre Pompeya y Herculano que han tenido gran éxito y que acaba de estrenarse una coproducción cinematográfica dirigida por P. W. S. Anderson titulada precisamente *Pompeya*. Además, España siempre ha tenido un vínculo muy especial con Pompeya y Nápoles, no en vano en 1748 el español Roque Joaquín de Alcubierre comenzó las excavaciones arqueológicas, bajo el mecenazgo del que sería el rey Carlos III, de origen napolitano. Pero después de muchos años aún quedan aspectos relacionados con las excavaciones por estudiar, como demuestra este ameno libro que viene a descubrirnos la gran influencia que la visita que realizaron artistas, hombres de letras, profesores, políticos, etc. tuvo en la pintura, la arquitectura, la literatura y la cultura española en general durante casi dos siglos y cómo contribuyó al intercambio con la cultura europea.

La obra se divide en ocho capítulos: I. Introducción. II. Los primeros eruditos españoles llegan a Pompeya. III. Arquitectos hispanos en la ciudad muerta. IV. Los

pintores españoles recorren el yacimiento. V. Los escritores pasean por las calles de Pompeya. VI. Políticos y misiones oficiales hacen escala en la ciudad campana. VII. Turistas españoles en Pompeya y VIII. El final del viaje.

Desde los primeros tiempos los británicos, franceses, alemanes y otros europeos (Winckelmann, Chateaubriand, Barthélemy, Goethe, Sthendal, etc.) sintieron una atracción irresistible por el hallazgo arqueológico, mayor que el de los españoles en general. Ahora bien, gracias a esta investigación, podemos saber que muchos hombres de letras, eruditos, artistas, periodistas, diplomáticos, nobles, hombres de la Iglesia, etc. de nuestro país se interesaron por visitar el yacimiento y el Museo de Nápoles y quedaron tan conmovidos que, bastantes de ellos, cada uno en su ámbito, plasmaron sus impresiones y la influencia de lo que vieron en edificios, pinturas, decoraciones de palacios, artículos periodísticos, ensayos, novelas, etc. Otra de las aportaciones de este trabajo es la influencia en España de la corriente llamada ‘pompeyista’, de la que son ejemplo la novela *Los últimos días de Pompeya* de Bulwer-Lytton, *Arria Marcela* de Théophile Gautier, o las pinturas de Alma Tadema o Brjullov, que influyeron en las producciones de muchos artistas, en especial de los que disfrutaban, pensionados, de estancias en Roma. Aunque en el siglo XVIII había más interés por recuperar los restos de la Antigüedad dentro de la propia Península Ibérica que fuera de ella y los pocos españoles que viajaban al extranjero preferían ir a Francia, Inglaterra, Bélgica y Holanda, en el siglo XIX Pompeya comenzó a atraerlos cada vez más. Y, desde luego, los que pisaban Italia, fuese cual fuese el motivo de su viaje, aprovechaban para acercarse a la ciudad sepultada por el Vesubio. A lo largo del tiempo fueron evolucionando las motivaciones, los hábitos y los gustos de los visitantes del sitio arqueológico, así como su relación con el mundo antiguo y las impresiones que se llevaron de la visita.

Según el capítulo «Los primeros eruditos españoles llegan a Pompeya», a pesar de todo, el número de los primeros viajeros españoles es muy importante. Quizá precisamente por su nacionalidad, éstos accedieron a las excavaciones y al Museo con gran facilidad. Entre ellos encontramos a Francisco Pérez Bayer, catedrático de hebreo de la Universidad de Salamanca, que escribió un *Diario del Viaje a Italia*, Antonio Ponz, erudito que llegó a ser miembro de la Real Academia de la Historia y Secretario de Bellas Artes, el jesuita expulso Juan Andrés, que llegó a ser Secretario perpetuo de la Academia Herculanaense de Inscripciones y Bellas Artes, Antonio Ponce de León, Carlos Gutiérrez de los Ríos, el abate José de Viera y Clavijo, Francisco de la Vega, Francisco Sebastián de Miranda, el exjesuita José García de la Huerta, Nicolás de la Cruz y Bahamonde y quizá el jesuita Pedro Montengón.

Los arquitectos se sintieron muy atraídos por Pompeya. Estos son los nombres de los que sabemos que la visitaron: Juan de Villanueva, Isidro González Velázquez, Aníbal Álvarez Bouquel, primer premio de arquitectura de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y pensión en Roma, Antonio de Zabaleta, Jerónimo de la Gándara, Francisco Jareño, Francisco de Cubas (Museo Antropológico de Madrid), etc. Con motivo del estallido de la revolución en 1848, durante algún tiempo los arquitectos pensionados en Roma abandonaron la ciudad y trabajaron en el Real Museo

Borbónico de Nápoles, donde coincidieron con algunos de los pintores sobre los que versa el siguiente capítulo y los escultores José Pagniucci y Andrés Rodríguez, y más tarde también en el propio yacimiento. Restablecida la normalidad, los arquitectos que estaban pensionados en Roma siempre tuvieron que estudiar una construcción helénica y viajaban a Pompeya.

También un número importante de pintores españoles estuvieron en Pompeya y la visita se reflejó en sus lienzos y dibujos. Se trata de José del Castillo, autor de muchas obras que hoy están en el Museo Arqueológico Nacional o el Museo del Prado y quizá de la colgadura del tocador de la Princesa de Asturias en el Palacio del Pardo de estilo pompeyano, Federico Madrazo, su discípulo Bernardino Montañés, Francisco Sáinz, Manuel Ramírez Ibáñez (*Baño pompeyano* o *Pompeyanas en el baño*, 1880), Vicente Palmaroli González (*Dedicado a Minerva, La tentación*), José Garnelo (*Pompeya, Patio pompeyano, El Vesubio*), Mariano Fortuny, Joaquín Sorolla (*Bacante en reposo, Danza báquica*) –que se hizo coleccionista de antigüedades originales y copias– y Alejo Vera Estaca (*Una señora pompeyana en su tocador*), discípulo de Madrazo, Juan Luna Novicio (*La belleza feliz y la esclava griega, Pompeya*), Agustín Salinas Teruel (*La canción de Tesalia*), Juan Giménez Martín (*Tocador de una dama romana*), Ulpiano Checa (*Enamorados en Pompeya, Los últimos días de Pompeya*), Adelardo Corvasí Yustar, Gregorio Prieto (*El lupanar de Pompeya*). En el lapso de tiempo que abarca este libro la situación para los pintores evolucionó de una manera extraordinaria, ya que pasó de estar prohibido hacer cualquier dibujo hasta que en 1828 se permitió el dibujo con restricciones (así que los que existen son de memoria o tomados de las *Antichità*) a que en 1873 nació la Academia Española de Roma, impulsada por Emilio Castelar, lo que propició que los artistas cambiasen su preferencia de París a Roma y se acercaran a Pompeya. Por otro lado, es interesante la influencia que esta temática tiene en la decoración de interiores y en el cine.

Entre los escritores que recorrieron la ciudad italiana están Leandro Fernández de Moratín, Ángel de Saavedra, Duque de Rivas, Isidro González Vázquez, Juan Valera, Pedro Antonio de Alarcón, Antonio de San Martín, Federico Mojá y Bolívar, Pérez Galdós, Unamuno, Blasco Ibáñez, Carmen de Burgos –que puso todo su empeño en visitar el Museo Secreto, a pesar de estar prohibido a las mujeres–, Ramón Gómez de la Serna, Julio Camba y Gonzalo Morenas de Tejada. La huella que Pompeya dejó en ellos se ve en obras de distinto tipo. Juan Valera concretamente dio cuenta de ella en las cartas que aparecían en la prensa. Posteriormente muchos de los turistas que visitaron la ciudad del Vesubio (capítulo VII) publicaron también sus crónicas en las distintas revistas que fueron apareciendo en el siglo XIX con gran éxito. Algunos de ellos habían leído a Plinio y a los clásicos, pero todos conocían la novela de Bulwer-Lytton.

Alfonso XIII, Victoria Eugenia, el General Primo de Rivera, Juan de Borbón, Emilio Castelar, así como diversos políticos y diplomáticos visitaron Pompeya. También lo hicieron el catedrático de griego Lázaro Bardón, dolido porque en España existía un gran retraso respecto a Europa en la creación de instituciones para salvaguardar sus antigüedades. En 1871 la fragata Arapiles viajó a Pompeya con una misión científica,

cultural, política y comercial en la que participaron el arqueólogo y futuro Director del Museo Arqueológico Nacional Juan de Dios de la Rada, el médico Vicente Moreno de la Tejada, el epigrafista Jorge Zammit, etc. Después hubo otro viaje oficial en 1879 a Pompeya con motivo del XVIII centenario de la erupción del Vesubio, que inspiró dos interesantes obras literarias, *Una noche en Pompeya* del arqueólogo José Ramón Mélida y *El Anacronópete* de Enrique Gaspar; si bien sus autores quizá nunca pisaron las excavaciones. Finalmente en 1933 Fernández de los Ríos apoyó un viaje de estudios por el Mediterráneo con escala en Pompeya en el que participaron profesores y estudiantes universitarios, como Vicens Vives, Julián Marías, Manuel Gómez Moreno, Antonio García y Bellido, Isabel García Lorca, etc. en plena Edad de Plata de la cultura española. De él quedan importantes testimonios ya que se concedieron premios a los mejores diarios. Sin duda, este crucero fue un gran acicate para importantes intelectuales de una de las etapas más brillantes de la Historia de España.

Uno de los turistas que pasó por Pompeya fue Menéndez Pelayo, a quien sobre todo interesaron los aspectos más relacionados con la Filología. También hubo diversos viajes a Italia con motivos muy relacionados con la fe católica que recalaron allí muy influidos por ciertos tópicos como que la ciudad había sido destruida por su inmoralidad y depravación. Con el aumento de los viajeros creció la demanda de guías de viaje. Una de las mejores fue redactada por el psiquiatra Emilio Pi y Molist, titulada *Cartas sobre Pompei*, que Menéndez Pelayo conoció e intentó publicar. Las crónicas que algunos de los visitantes, de muy distinta condición, escribían fueron apareciendo en las distintas revistas que aparecieron en la época como *Seminario Pintoresco español*, *El Artista*, *El siglo Pintoresco*, *El viajero ilustrado hispano-americano*, *La ilustración española y americana*, *La ciudad lineal*, *La esfera*, etc.

En el capítulo titulado «El final del viaje» la autora ofrece unas breves conclusiones desprovistas de nombres, títulos y fechas, donde se pone de manifiesto que todos los que pasaron por Pompeya en estos años y lo plasmaron de alguna manera, ya les produjese euforia, tristeza o un sentimiento agrídulce pasear por sus calles desiertas, se sintieron conmovidos en lo más profundo.

Además de una serie de láminas con testimonios gráficos muy bellos e interesantes de pinturas, grabados, documentos y fotografías, el libro cuenta con un «Cuadro Cronológico de Viajeros» donde aparece toda la nómina de los españoles y las españolas que visitaron Pompeya por orden cronológico del año en que lo hicieron (pp.251-256). Este cuadro, junto con el Índice onomástico, que sigue a la extensa Bibliografía, es de extraordinaria utilidad para localizar a cada uno de ellos dentro de la obra.

No sólo encontramos en el libro los ecos de un descubrimiento, también hay una serie de temas recurrentes y de gran interés, que recorren las páginas de este estudio, por ejemplo, la consideración de Pompeya como una ciudad griega por algunos visitantes, el interés por visitar el lupanar y las representaciones obscenas de algunos y el escándalo que otros visitantes experimentan incluso sin haberlos visto –lo que evidencia las muy diferentes mentalidades de cada individuo–, la atracción que también sienten muchos viajeros por Herculano, por el Museo Arqueológico de Nápoles

e incluso por el Vesubio, la influencia de la corriente pompeyista en España, etc. De modo que este trabajo es un ejemplo de lo que hoy se conoce como divulgación de la ciencia y transferencia del conocimiento científico.

Cristina MARTÍN PUENTE
Universidad Complutense de Madrid

Germán SANTANA HENRÍQUEZ (ed.), *Y las letras encontraron su asiento: mujer y literatura*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2011, 306 pp.

El presente libro se articula en torno a uno de los temas que mayor interés ha suscitado en los últimos años en el marco de los estudios literarios: la mujer como creadora y como objeto de la literatura, poniendo especial atención en el largo camino de dificultades que media entre lo excepcional de las mujeres letradas en la Antigua Grecia y el actual apogeo de la narrativa femenina. Se recogen aquí un total de nueve estudios de distintos autores originalmente expuestos en el congreso del mismo título celebrado en 2010 en Arucas, Gran Canaria.

Abriendo este recorrido por la literatura de la mano de las mujeres encontramos el estudio de María Henríquez Betancor acerca de la literatura autobiográfica femenina en cuanto rompedora de las normas tradicionalmente establecidas como propias del género. Estas biografías proliferan a partir de los años setenta entre las mujeres de minorías étnicas y culturales, deseosas de hacerse visibles en el mundo literario y social. Por ello, la autora analiza las obras de tres escritoras pertenecientes a minorías: *Canícula: Snapshots of a Girlhood en la Frontera*, de la chicana Norma Elia Cantú, *No Turning Back: A Hopi Indian Woman's Struggle to Live in Two Worlds*, de la nativa norteamericana Ponlingaysi Quoyawayma y *Woman Warrior: Memoirs of a Girlhood Among Ghosts* de la autora chino-americana Hong Kingston. Estas tres mujeres, cada una con una visión y un relato propio, ponen de manifiesto cómo la autobiografía es un género flexible que continúa evolucionando, y experimentando: reinventándose.

María de la Luz García Fleitas, en segundo lugar, traslada al lector al Antiguo Egipto con un estudio de la figura de Cleopatra en la novela de Terenci Moix *No digas que fue un sueño*, ganadora del Premio Planeta 1986. La autora plantea la problemática del mito generado en la esfera romana en torno a Cleopatra (la reina extranjera, seductora, frívola, ávida de placeres y riquezas, manipuladora, símbolo del poder monárquico; en definitiva: la *femme fatale*), un retrato distorsionado articulado desde la misoginia y la xenofobia y que ha pervivido a través de autores como Shakespeare, Pushkin y Gauthier, entre otros, así como de la propia industria cinematográfica (sirve de ejemplo la *Cleopatra* de Richard Burton y Liz Taylor). María de la Luz García subraya cómo frente a esto Terenci Moix trata de desmitificar el personaje haciendo hincapié en la asunción de sus roles como mujer y mostrando la multiplicidad de sus facetas.

El siguiente estudio, a cargo de Rosa Sierra del Molino, se acerca a la fascinante figura de Hipatia de Alejandría: filósofa, matemática y astrónoma que llegó a ser la